

LA CIUDAD QUE NACE DEL VIENTO

Si alguien me preguntara cómo sería mi ciudad ideal, no dudaría ni un segundo: sería un lugar donde la vida respire como respira el viento al amanecer, con calma, profundidad y sentido. Me la imagino creciendo en un valle amplio, rodeada de montañas suaves que cambian de color según la estación, como si la naturaleza misma quisiera pintar cada día un paisaje distinto. Sería una ciudad diseñada no para apresurar a las personas, sino para invitarlas a existir de verdad.

Mi ciudad ideal se llamaría Aurelia, porque su luz sería dorada, suave, casi mágica. Cuando uno entrara en ella sentiría de inmediato que todo fue pensado para que la gente viviera bien, sin estrés, sin ruido innecesario y siempre con la naturaleza muy cerca. Desde la entrada, las calles serían amplias y curvas, jamás rectas como flechas que obligan a correr: aquí las calles invitarían a pasear, a detenerse, a mirar.

¿Y qué tendría Aurelia?

Tendría de todo lo que una ciudad necesita, pero reorganizado para que nada impida a nadie disfrutar de la vida. En el centro, por ejemplo, no habría un edificio gigante de cemento... sino un enorme bosque urbano, un corazón verde palpitante que conectaría todos los barrios. No sería un simple parque con cuatro bancos y dos árboles: sería un auténtico santuario natural, con arroyos pequeños que cantarían al fluir, con senderos de piedra que se iluminan con la luz del sol, con flores silvestres que cambian de color con los meses.

Sí: habría zonas verdes.

No unas pocas, ni escondidas, ni sacrificadas por el cemento. En Aurelia, las zonas verdes serían tantas que desde cualquier punto de la ciudad podrías ver árboles, oír pájaros o sentir el olor de la tierra mojada después de la lluvia. Las casas tendrían jardines verticales, las azoteas serían huertos, los balcones estarían cubiertos de plantas colgantes y las plazas tendrían fuentes rodeadas de flores. Las personas caminarían por corredores de sombra que los árboles formarían de manera natural, como techos vivos.

En mi ciudad ideal habría lagos pequeños, espejos de agua donde los vecinos podrían leer, conversar o simplemente sentarse a escuchar el sonido del viento. Los animales tendrían su espacio y su respeto. Nadie vería a la naturaleza como algo que estorba, sino como algo que acompaña.

Pero Aurelia no se limitaría a ser hermosa; también sería humana. Tendría barrios llenos de vida, donde las personas se conocerían por el nombre y donde las puertas se abrirían con la misma facilidad que las sonrisas. En las mañanas, los panaderos saldrían a las calles con cestas de pan recién horneado, y el aroma se mezclaría con el perfume de los naranjos que crecerían por todas partes. Los cafés tendrían terrazas gigantes, siempre llenas de conversación, música suave y libros esperando a ser abiertos.

Las escuelas serían lugares abiertos, llenas de luz, porque la educación sería un puente, no una obligación. Los niños aprenderían bajo la sombra de los árboles, escucharían historias al lado de un lago y descubrirían el mundo mientras lo tocan con sus manos, no solo desde un escritorio.

Los artistas tendrían murales gigantescos donde pintarían sueños; los músicos tocarían en las plazas; los científicos investigarían cómo vivir mejor sin dañar el planeta; los ancianos serían los sabios que la ciudad escucharía. Porque en Aurelia, el tiempo no vale por la prisa, sino por lo que uno puede compartir.

En cuanto al transporte, mi ciudad ideal sería silenciosa. No existirían coches ruidosos ni humo gris. Habrá tranvías eléctricos que pasan suavemente, bicicletas para todos y caminos tan agradables que caminar sería la opción preferida. La noche sería tranquila, iluminada por faroles cálidos que no robarían el brillo de las estrellas. Porque en Aurelia, incluso la luz estaría pensada para convivir, no para deslumbrar.

¿Y cómo sería vivir allí?

Sería como vivir dentro de un abrazo constante. Cada día iniciaría con el canto de los pájaros, seguiría con el saludo amable de los vecinos y terminaría con el cielo pintado de tonos anaranjados. Las personas tendrían tiempo para sus pasiones, tiempo para estar con sus familias, tiempo para descansar... tiempo para ser.

Aurelia existiría como un recordatorio de que una ciudad no debe ser una máquina que devora horas, sino un hogar que acompaña vidas. Sería un refugio, un sueño compartido, una prueba de que el ser humano puede construir belleza sin destruir la belleza que lo rodea.

Fin

AHMED OUADE-AMAR TAOUATI